

ba de ello con sumo arte y disimulo para reprimir ó grangearse á los que en la oposicion figuraban; pero lo hacia con tal discrecion que nadie pensaba en quejarse. En un tiempo en que el descanso habia llegado á ser la verdadera prudencia, en que hasta aquel sosiego era necesario para hacer que renaciese algun día el gusto de la libertad, nadie se atrevia á calificar con el nombre de corruptor al hombre que por una parte moderaba al soberano impuesto por los acontecimientos, y por otra enfrenaba las imprudencias de una oposicion, que carecia de objeto, de oportunidad y de luces políticas.

Por lo que hace al consul Lebrun, le trataba el general Bonaparte con miramientos y hasta con cariño, si bien como á un personage que se mezclaba poco en los negocios, si se esceptúan los puramente administrativos. Le encargaba de atender á los pormenores de la hacienda, y sobre todo de tenerle al corriente de lo que hacian ó pensaban los realistas, que rodeaban frecuentemente á este tercer consul, lo cual equivalia á tener entre ellos un oido y un ojo para escuchar y verlo todo, si bien no atribuia mas que un puro interés de curiosidad á lo que podia venir por aquel lado.

Para dar una idea exacta de todas las personas que rodeaban al primer consul, necesitamos decir una palabra acerca de su familia. Tenia José, Luciano, Luis y Gerónimo. A su tiempo daremos á conocer á los dos últimos. José y Luciano ya tenian entonces alguna importancia. José el mayor de todos, se habia casado con la hija de un opulento y respetable comerciante de Mars-

lla: era afable, bastante agudo, de agradable presencia y causaba á su hermano menos desazones que otro alguno. A él reservaba el primer consul el honor de negociar la paz de la República con los estados del Antiguo y Nuevo Mundo, pues le habia encargado que concluyera el tratado preparado con la América, y acababa de nombrarle plenipotenciario en Luneville, procurando de este modo confiarle un papel que agradase á la Francia. Luciano, actualmente ministro de lo interior, era hombre de talento, si bien de un talento desigual, inquieto, indomable é insuficiente para adquirir toda la discrecion que le faltaba. Ambos halagaban la inclinacion que el primer consul tenia á elevarse hasta el poder supremo, lo cual se concibe fácilmente, porque el genio del primer consul y su gloria eran en un todo personales; y solo una cualidad suya podia ser transmisible á su familia y era la categoria de principe, si llegaba á adquirirla en algun tiempo, prefiriéndola á la de primer magistrado de la República. Sus hermanos eran de los que decian con menos rebozo que la actual forma de gobierno no habia sido mas que una transicion imaginada para contemplar á las preocupaciones revolucionarias, pero que convenia adoptar un partido, y que si se queria fundar alguna cosa verdaderamente estable, necesario era dar al poder mas concentracion, unidad y permanencia. Fácil era deducir la consecuencia legítima de tales premisas. Como todos saben, el primer consul no tenia hijos, lo cual desagradaba mucho á los que soñaban ya con la transformacion de la República en monarquía. En efecto era difícil presumir que se quisiera ase-

gurar la transmision regular y natural del poder en la familia de un hombre que no tenia herederos. Asi como en lo venidero aquella falta de herederos pudo ser una ventaja personal para los hermanos del primer consul, era en el dia un argumento contra sus planes, y culpaban con frecuencia á madama Bonaparte de una desgracia de que la creian causa. Desazonados con ella por rivalidades de influencia, la habian contemplado poco hablando de ella con su esposo y la perseguian con sus palabras, repitiendo sin cesar y en voz alta, que el primer consul necesitaba absolutamente una muger que le diese hijos, por ser asunto no de interés privado sino público y que se hacia indispensable tomar una resolucion sobre esto, si se deseaba asegurar el porvenir de Francia. Hacian cundir de boca en boca tan funestos dichos que contenian para ella una de las conclusiones mas siniestras: y por eso la esposa del primer consul, tan afortunada en la apariencia se hallaba en aquel momento muy lejos de ser dichosa.

Josefina Bonaparte casada en primeras nupcias con el conde de Beauharnais y luego con el general jóven que habia salvado á la Convencion el 13 de vendimiario, compartia ahora con él un puesto que empezaba á semejarse á un trono. Era criolla de nacimiento y dotada de todas las gracias y todos los defectos comunes á las mugeres del mismo origen. Buena, pródiga y frívola, no hermosa, pero si elegante en extremo y con hechizo infinito, sabia agradar mucho mas que las mugeres que le eran superiores en talento y hermosura. La ligereza de su conducta pintada á su

esposo con negros colores á su regreso de Egipto le hizo montar en cólera, llegando á querer separarse de una esposa á la que con razon ó sin ella creia culpada. Lloró ella largo tiempo á sus pies: tambien lloraron sus dos hijos Hortensia y Eugenio de Beauharnais queridos ambos del general Bonaparte, el cual fué vencido y aplacado por una ternura conyugal, que durante muchos años salió victoriosa en su corazon de la politica. Olvidó las faltas verdaderas ó supuestas de Josefina, y siguió amandola todavia, si bien nunca como en los primeros tiempos de su enlace. Sus prodigalidades ilimitadas, sus imprudencias importunas causaban cotidianamente á su esposo ímpetus de impaciencia que no era dueño de reprimir en muchas ocasiones; pero perdonaba con la bondad del poder venturoso y no acertaba á estar enojado mucho tiempo con una muger que habia participado de los primeros momentos de su grandeza, y que al venir á sentarse un dia á su lado parecia que habia traído consigo la fortuna.

Madama Bonaparte era una verdadera muger, del antiguo régimen, devota, supersticiosa, y hasta realista. Aborrecia á los que llamaba jacobinos quienes la correspondian del mismo modo, y no buscaba sino las personas de otros tiempos que, vueltas en tropel á sus hogares, iban como ya hemos dicho, á visitarla por la mañanas. Estos la habian conocido siendo esposa de un hombre ilustre y bastante elevado en categoria y graduacion militar, el desdichado Beauharnais muerto en el patíbulo revolucionario: la veian en la actualidad esposa de un advenedizo, si bien de un advene-

dizo mas poderoso que príncipe alguno de Europa; y no temian llegar á pedirla favores al paso que afectaban desdeñarla. Ella ponía todo su conato en darles parte de su poderío y en prestarles servicios; complaciéndose en engendrar en sus ánimos una especie de ilusion que recibian con gusto, reducida á que en el fondo el general Bonaparte solo aguardaba una coyuntura favorable para traer á los Borbones y restituirles una herencia que les pertenecia. Y ¡cosa singular! aquella ilusion que se complacia en inspirar á los demás, casi hubiera querido tenerla tambien, por que hubiera preferido ver á su esposo súbdito de los Borbones; pero súbdito protector de sus reyes, rodeado de los homenajes de la antigua aristocracia francesa, á verle monarca coronado por mano de la nacion. Era muger de un corazon débil en estremo: pero aunque frivola amaba á aquel hombre que la cubria de gloria, y le amaba mas todavia desde que era menos amada. No imaginándose que pudiese sentar su atrevida planta sobre las gradas del trono, sin caer al punto al golpe de los puñales republicanos ó de los realistas, veia confundidos en comun ruina á sus hijos, á su esposo y á sí misma; pero al suponer que ascendiese sano y salvo á aquel trono usurpado, asaltaba á su corazon un temor de otra especie, á saber; que no iria ella á sentarse á su lado. Si algun dia hacian rey ó emperador al general Bonaparte, seria evidentemente bajo el pretesto de dar á Francia un gobierno estable, haciéndolo hereditario, y por su desgracia los médicos no le daban ya esperanzas de tener hijos. Se acordaba con este motivo de la singular prediccion de una muger, especie de

pitonisa á la sazón en boga, la cual le habia dicho: —Ocupareis el primer puesto del mundo, si bien por poco tiempo. —Habia ya oido á los hermanos del primer consul pronunciar la fatal palabra de divorcio, y con eso la infeliz, á quien hubieran podido envidiar las reinas de Europa si juzgasen de su suerte por el brillo exterior de que estaba rodeada, vivia llena de amargas zozobras. Cada progreso de su fortuna aumentaba las apariencias de su felicidad, y los pesares de su vida: y si lograba verse libre de una afliccion profunda era debido á la ligereza de su carácter, que no la permitia fijar demasiado su atencion en cosas tristes. El cariño que la tenia el general Bonaparte, y hasta sus mismos arrebatos, que reparaba al punto su ternura, acababan por tranquilizarla completamente. Por otra parte arrebatada como los de aquel tiempo por el torbellino que á todos aturdió, contaba con el Dios de las revoluciones, con el acaso, y despues de vivas inquietudes volvia á disfrutar de su fortuna. Entre tanto hacia todos sus esfuerzos por separar á su marido de las ideas de una grandeza exagerada, y aun se atrevia á hablarle de los Borbones, dispuesta á arrostrar las tempestades que su franqueza pudiera descargar sobre ella, y si bien sus inclinaciones hubieran debido obligarla á dar la preferencia á Mr. de Talleyrand sobre Mr. Fouché, gustaba mas de este último, por que decia de él que, jacobino como era, se atrevia á no ocultar la verdad al primer consul, lo cual á los ojos de ella equivalia á aconsejarle que conservase la República, aunque aumentando el poder consular. Los señores Talleyrand y Fouché creyendo hacerse mas fuertes pe-

netrando en la familia del primer consul, se entrometian en ella adulando á cada uno de sus individuos como queria ser adulado. Mr. de Talleyrand procuraba agradar á los hermanos diciendo que era necesario discurrir para el primer consul un puesto diferente del que la constitucion le daba. Mr. Fouche procuraba agradar á madama Bonaparte diciendo que se estaban cometiendo imprudencias graves y que todo se perderia queriendo atropellarlo todo. Aquel modo de introducirse en su familia y de sembrar en ella la discordia, desagradaba en extremo al primer consul; así lo manifestaba con frecuencia, y cuando tenia que comunicar algo á los suyos se lo encargaba á su oólega Cambaceres el cual con su acostumbrada prudencia lo oia todo, no decia nada mas que lo que se le mandaba decir, y desempeñaba aquella especie de comision con tanta exactitud como miramiento.

Una circunstancia bastante estraña vino á agregar á todas aquellas inquietudes domésticas, una cosa real y positiva, y del momento presente. Desterrado entonces el príncipe, que fué despues Luis XVIII habia dado un paso singular y poco meditado. Muchos realistas para esplicar y disculpar su adhesion al nuevo gobierno, fingian creer y creian en efecto que el general Bonaparte queria llamar á los Borbones. Aquellos hombres que ó no habian leído ó no habian sabido leer la historia de la revolucion de la Inglaterra, ni descubrir las terribles lecciones de que está llena, acababan de encontrar en ella cierta analogia que halagaba sus esperanzas, y era el llamamiento de los Stuardos por el general Monck. Suprimian

es cierto á Cromwell, á pesar de que su papel era demasiado importante para ser olvidado, y habian venido á parar en crear una opinion infundada que llegó hasta Luis XVIII. Aquel príncipe dotado de tino y talento habia cometido la torpeza de escribir al mismo general Bonaparte dirigiéndole muchas cartas; en su concepto llenas de dignidad, si bien no lo estaban, las cuales probaban una cosa, las ilusiones ordinarias de la emigracion. Hé aquí la primera de aquellas cartas.

20 de febrero de 1800.

«Señor, hombres como vos nunca inspiran inquietud, sea cual fuere su conducta aparente. «Habeis aceptado un puesto eminentísimo, y os «lo agradezco en el alma. Sabeis mejor que nadie cuánta fuerza y poder se necesita para labrar la ventura de una nacion grande. Salvad á «Francia de sus propios furores y con eso habreis «colmado el primer deseo de mi corazón, restituidle su rey, y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria. Siempre sereis muy necesario al estado, y yo tendré ocasion de satisfacer con destinos importantes la deuda de mis «abuelos y la mia propia.—Luis.»

Mucho sorprendió al primer cónsul recibir semejante carta, y quedó perplejo ignorando si habria de darle contestacion. Se la habia entregado el consul Lebrun, quien la habia recibido del clérigo Montesquieu directamente. Embebido el primer consul en la multiplicidad de negocios al principio de su gobierno, dejó pasar tiempo sin dar respuesta. Impaciente el príncipe á fuer de emi-

grado escribió otra carta todavía mas impregnada de la credulidad de su partido, y mas censurable como contraria á su decoro. Hé aqui los términos en que estaba concebida.

«Hace mucho tiempo, general, que debeis estar persuadido de la estimacion en que os tengo, y si dudareis de que no sea yo capaz de agradecer señalad vuestro puesto y determinad cual haya de ser la suerte de vuestros amigos; pues en cuanto á mis principios, soy francés; y siendo clemente por caracter lo sería tambien por convencimiento.

«No: el vencedor de Lodi, de Castiglione, de Arcola, el conquistador de Italia y Egipto, no puede preferir una celebridad vana á la gloria verdadera. Sin embargo, estais perdiendo un tiempo precioso; nosotros podemos asegurar el sosiego de la Francia; y digo nosotros porque yo necesito para esto de Bonaparte, para esto, y él sin mí no lo conseguiria.

«General, la Europa os observa, la gloria os aguarda, y yo estoy impaciente por restituir la paz á mi pueblo.—LUIS.»

Esta vez no creyó el primer consul que podia dispensarse de dar respuesta. En el fondo de su corazon jamás habia titubeado acerca de lo que debia hacer con respecto á los príncipes caidos, pues, aun prescindiendo de toda ambicion, consideraba como impracticable y funesto el llamamiento de los Borbones, y los rechazaba por convicción, cualquiera que fuese por otra parte su deseo de ser el árbitro de Francia. Su esposa estaba enterada de su secreto, y tambien su secretario, y aun cuando no les dispensaba la hon-

ra de admitirlos á tales deliberaciones les espresó los motivos de su conducta. Su esposa habia llegado casi hasta el extremo de arrojarse á sus plantas suplicándole que dejase á lo menos alguna esperanza á los Borbones. El la apartó de sí con enojo, y dirigiéndose á su secretario dijo:—No conoceis á esas gentes: si les devolviese su trono creerian haberlo recobrado por la gracia divina, en breve se verian rodeados y arrastrados por los emigrados, trastornando y queriendo reedificarlo todo; hasta aquello que no puede ser reedificado. ¿Qué sería de los numerosos intereses creados desde el año de ochenta y nueve? ¿qué sería de los compradores de bienes nacionales; de los gefes del ejército y de todos los hombres que han comprometido en la revolucion su vida y su porvenir?, y ademas de los hombres ¿qué sería de las cosas? ¿qué sería de los principios en cuya defensa se ha peleado tanto? Todo esto se vendria á tierra, pero no sin conflictos; se trabaria una horrorosa contienda, en que moririan millares de hombres. Nunca, nunca adoptaré resolucion tan funesta.—Tenia razon, y obraba acertadamente dejando aparte todo interés personal. Su dictadura que retardaba el establecimiento de la libertad politica en Francia, libertad de seguro harto difícil entonces, consumaba el triunfo de la revolucion francesa que ni Waterloo mismo podia ya destruir á condicion de llegar quince años mas tarde.

Su contestacion debia ser conforme á su pensamiento y no dejar mas esperanzas que las que queria dar á aquel á quien iba dirigida. Solo por el testo mismo de su carta se puede juzgar de la

grandeza de espresion con que respondió al paso imprudente del príncipe desterrado.

Paris 20 de fructidor del año VIII, (7 de setiembre de 1800).

«He recibido, señor, vuestra carta, y os doy gracias por las cosas honoríficas que me decís en ella.

«No debeis desear vuestro regreso á Francia, pues tendriais que pasar por encima de quinientos mil cadáveres.

«Sacrificad vuestro interés al sosiego y á la ventura de Francia, y la historia os lo tomará en cuenta.

«No soy insensible á las desgracias de vuestra familia, y contribuiré gustoso á que sea dulce y sereno vuestro retiro.—BONAPARTE.»

Algo llegó á traslucirse de esto y los designios personales del primer consul vinieron á ser mas evidentes.

Siempre las tentativas de los partidos contra un poder naciente, son las que apresuran sus progresos, y le alientan á acometer todo cuanto medita. Una tentativa mas ridícula que criminal de los republicanos contra el primer consul, aceleró una demostracion no menos ridícula por parte de los hombres que querían precipitar su elevacion: pero ambas abortaron.

Los declamadores patriotas, que aunque hacían mas ruido eran menos temibles que los agentes del realismo, solían reunirse en casa de uno que había sido empleado bajo la comision de salvacion pública, y el cual se llamaba Demerville, hablaba mucho, y andaba cargado de folletos con-

tra el gobierno, pero no tenía capacidad para otra alguna cosa. A su casa concurrían el corso Arena, uno de los individuos de los Quinientos que habían huido por las ventanas el 18 de brumario; Topino-Lebrun pintor de algun talento, discípulo de David y partícipe de la exaltacion revolucionaria de los artistas de aquella época; y además muchos refugiados italianos exasperados contra el general Bonaparte porque protegía al papa; y no restablecía la República romana. El principal y mas alborotador de estos últimos, era un escultor llamado Ceracchi. Aquellos hombres inquietos comunmente, reunidos en casa de Demerville emitían las proposiciones mas absurdas, diciendo que era preciso acabar de una vez, que ya tenían mucha gente de su parte, á Massena, á Carnot, Lannes, Sieyès y Fouché mismo, que solo faltaba derribar al tirano, y entonces todos los verdaderos republicanos se pronunciarían y reunirían para levantar la República espirante. Pero se necesitaba encontrar un Bruto, para herir al nuevo Cesar, y no se presentaba. Un militar sin empleo llamado Harrel, que por ociosidad y miseria vivía con aquellos declamadores, indigente y descontento como ellos; les pareció ser el hombre arrojado que necesitaban: y se le hicieron proposiciones que le asustaron sobremanera. En su agitacion se franqueó con un comisario de guerra con quien le unían algunas relaciones, y el cual le aconsejó que diese parte al gobierno de cuanto sabía. Harrel se dirigió al secretario del primer consul Mr. de Bourrienne y al general Lannes comandante de la guardia consular. Advertido por ellos el primer consul mandó que se

diese dinero á Harrel por la policia , juntamente con la orden de prestarse á cuanto sus cómplices le propusiesen. Aquellos miserables conspiradores creian que habían hallado un verdadero hombre de accion en este individuo, pero hubo de parecerles que no bastaba uno solo. Entonces les propuso Harrel buscar otros que le ayudasen, y como consintiesen en ello les trajo agentes de Mr. Fouché. Despues de haber caido en aquel lazo pensaron en proporcionarse puñales con el fin de armar á Harrel y á sus compañeros. En esta ocasion ellos mismos se encargaron de aquella comision y trajeron puñales comprados por Topino-Lebrun. Por último eligieron el sitio para acometer al primer consul siendo aquel el teatro de la ópera, llamado entonces de las Artes. Fijaron el momento y fue el 40 de octubre (18 de vendimiario del año IX) dia en que el primer consul habia de asistir á la primera representacion de una ópera nueva. Avisada la policia, habia tomado sus precauciones. Dirigióse el primer consul al teatro de la ópera seguido de Lannes , el cual velando con la mayor solicitud por su vida, habia doblado la guardia y colocado al rededor de su palco á sus granaderos mas valientes. Acudieron con efecto, á la cita los presuntos asesinos, aunque no todos y esos desarmados. Allí no estaba Topino-Lebrun, Demerville tampoco. Arena y Ceracchi fueron los únicos que se presentaron. Ceracchi se habia acercado mas que los demás al palco del primer consul, si bien no llevaba puñal. No habia allí atrevidos ; ni presentes en aquel parage, ni armados mas que los conspiradores situados por la policia en el teatro del cri-

men. Fueron reducidos á prision Ceracchi , Arena y sucesivamente todos los demás, pero la mayor parte en su domicilio ó en las casas donde habian ido á buscar refugio.

Este suceso produjo mas ruido que el que merecia. Cierto que la policia á la cual los hombres ignorantes y estraños al conocimiento de las cosas acusan comunmente de urdir por sí misma las tramas que descubre, no habia inventado esta; pero puede decirse que tomó en ella demasiada parte. Los conspiradores deseaban ciertamente la muerte del primer consul; pero eran incapaces de herirle por sus propias manos, y alentándoles y suministrándoles lo que era mas difícil encontrar, presuntos ejecutores, los hubiera impellido á cometer el premeditado delito, mas de lo que ellos mismos se habrian comprometido, entregados á su propio impulso. Si el resultado de toda esta trama no hubiese de haber sido mas que un castigo severo, tal como se debe imponer á los locos, estaba bien; pero enviar hombres al suplicio valiéndose para ello de tales medios, era esceder de lo licito; aunque fuese á fin de proteger una vida preciosa. Pero entonces se miraban poco en tales delicadezas y se formó al instante á aquellos infelices el proceso que habia de conducirlos al cadalso.

Aquella tentativa causó general espanto. Hasta entonces lo único que se habia visto durante la revolucion era lo que se conocia con el nombre de jornadas, es decir, ataques á mano armada; pero no habia por que temer semejantes asaltos si se atendia al poder militar del gobierno. No se habia pensado todavia en el asesinato, ni en la posibilidad de ver al primer consul herido de improviso

á pesar de hallarse rodeado de sus granaderos; siendo, pues, una especie de aviso que asustó á todo el mundo la tentativa de Ceracchi, cuyo ridiculo era desconocido. Apoderóse de todos los ánimos el temor de verse sumidos de nuevo en el caos, y esto engendró en favor del primer consul una especie de entusiasmo. Acudió la muchedumbre al palacio de las Tullerías, á donde se trasladó en cuerpo el Tribunado, por ser la única corporacion que se hallaba reunida en aquel momento, pues celebraba una sesion cada quince dias en el intervalo de las legislaturas: imitaron todas las autoridades públicas este ejemplo, y fueron dirigidos al primer consul infinitos mensajes. Podian reasumirse todos en estas palabras de la municipalidad de París.

«General, decia, en nombre de nuestros conciudadanos, venimos á espresaros la profunda indignacion que hemos sentido al saber el atentado meditado contra vuestra persona. Hay muchos intereses unidos con vuestra vida para que las tramas que la han amenazado, no sean asunto de dolor público, así como el celo y la lealtad que la han conservado serán motivo de júbilo y de agradecimiento para la nacion.

«La Providencia que en vendimiario del año VIII os trajo de Egipto; que en Marengo parecia que os libertaba de todos los peligros; y que por último el 18 de vendimiario del año IX, acaba de salvaros del furor de los asesinos, es, permitid que lo digamos, mas que vuestra, la providencia de la Francia. No ha querido que un año tan magnífico, tan abundante en sucesos gloriosos y destinado á ocupar un lugar tan eminente

«en la memoria de los hombres, terminase de repente con un crimen abominable.... Césen de buscar vuestra perdicion y la nuestra los enemigos de la Francia; sométanse á ese destino, el cual mas poderoso que todas las tramas asegurará vuestra conservacion y la de la República.. «Nada os decimos de los culpados, por que ya pertenecen á las leyes....»

Aquellos mensajes vaciados todos en el mismo molde repetian al primer consul que no le asistia el derecho de ser clemente; pues su vida era de la República, y debia ser defendida como la felicidad pública de que era prenda. Conviene añadir que aquellas manifestaciones eran sinceras; creyéndose todos en peligro con el primer consul y deseando su conservacion cuantos no merecian la calificacion de sediciosos. Si llegaba á morir creian los realistas retroceder al tiempo de los cadalsos ó destierros, y los revolucionarios se figuraban ver á la contra-revolucion triunfante por medio de las armas extranjeras.

Particular esmero, digno de notarse, puso el primer consul en disminuir la opinion que se formaba del peligro á que habia estado espuesto: pues no queria que se creyera que su existencia dependia del primero que llegase, lo cual consideraba tan contrario á su seguridad cuanto á su decoro. Conferenciando con las autoridades encargadas de felicitarle, decia á todas, que el peligro de que tanto se habian asustado no tenia en sí fundamento, pues rodeado de los oficiales de la guardia consular y de un piquete de sus granaderos, se hallaba completamente asegurado contra los siete ú ocho miserables que habian querido acometerle. Creia,



mucho mas de lo que sus palabras podian hacer suponer, en la existencia de ese peligro que amenazaba su vida, pero juzgaba conveniente aparecer á todas las imaginaciones rodeado de los granaderos de Marengo, é inaccesible en medio de ellos á los golpes de los asesinos.

Preparábanse en las tinieblas tramas mas graves que aquella que habia hecho tanto ruido, y urdidas por otras manos. Todos tenian un vago presentimiento acerca de ellas, y temian ver renovadas mas de una vez aquellas tentativas. Para los partidarios del primer consul fué aquella una ocasion de repetir que convenia al estado cosa mas estable que un poder efimero descansando sobre la cabeza de un hombre solo, y espuesto á desaparecer bajo el puñal de un malvado. Profesaban tales ideas los hermanos del primer consul, los señores Røederer, Reynault de Saint-Jean de Angeli, Talleyrand, Fontanes, y otros muchos, unos por convencimientos, otros por agrandar al poderoso, y todos, como sucede de ordinario, por una mezcla de pensamientos y afectos sinceros é interesados. Dió esto vida á un folleto anónimo, singular en estremo, notabilísimo, cuyo autor segun se decia, era Luciano Bonaparte, si bien por la esquisita elegancia del estilo, y por el conocimiento clásico de la historia, habria debido atribuirse á su autor verdadero, es decir, á Mr. de Fontanes. El tal folleto ocasionó gran agitacion en los ánimos, y merece ser aquí mencionado, porque señala uno de los pasos que dió el general Bonaparte en la carrera del poder supremo. Su titulo era este: **PARALELO ENTRE CÉSAR, CROMWELL, MONCK Y BONAPARTE.** Ante todo comparaba el autor al general Bo-

naparte con Cromwell, sin que que le hallase semejanza alguna con aquel principal personage de la revolucion de Inglaterra. Cromwell, decia, era un fanático, un caudillo de facciosos, sanguinario, asesino de su rey; vencedor en la guerra civil únicamente; conquistador de algunas ciudades ó provincias de Inglaterra; un bárbaro en fin, que habia destrozado las universidades de Oxford, y de Cambridge; un malvado hábil, pero de ningun modo héroe. Robespierre seria el personage análogo á Cromwell en la revolucion francesa, si Robespierre hubiese tenido valor, ó si Francia no hubiera tenido que lidiar mas que con la Vendée, y él hubiera salido vencedor de aquella guerra. Por el contrario el general Bonaparte, ageno á los males de la revolucion, habia cubierto con gloria inmensa, crímenes que no eran suyos: habia abolido la fiesta bárbara instituida en honor del regicidio; ponía término á los horrores del fanatismo revolucionario, daba lustre á las artes y á las ciencias, restablecia las escuelas, abria el templo de las artes; sus victorias no eran conseguidas en la guerra civil; en fin, no habia conquistado ciudades, sino reinos. Por lo que hace á Monck ¿qué tenia de comun aquel espíritu irresoluto, aquel transfuga de todos los partidos sin saber á donde enderezaba sus pasos, que hizo encallar la nave de la revolucion en la monarquía, como habria podido encallarla en la República; qué tenia de comun este hombre mezquino con el general Bonaparte de ánimo tan esforzado y resuelto, y que tan claramente conocia lo que deseaba?... Podia haber satisfecho la vanidad vulgar del general Monck el titulo de duque de Albemarle. «*Pero se*

«creo que el baston de mariscal ó la espada de condestable, basten al hombre ante quien el universo ha enmudecido? ¿Se ignora que hay ciertos destinos llamados á ocupar el primer puesto...? Y ademas, ¿si Bonaparte pudiese imitar en algun caso á Monck ¿no se vé que Francia se hallaria otra vez sumida en los horrores de una revolucion? Lejos de calmarse las borrascas, se embravecerian por todas partes...»

Despues de desechar el autor estas comparaciones, no halló en toda la historia otro personaje con quien pudiera comparar al general Bonaparte que César; pues reconocia en él la misma grandeza militar y la misma política, si bien descubria una semejanza: César á la cabeza de los demagogos de Roma habia oprimido al partido de los hombres honrados y derrotado la República; pero al contrario el general Bonaparte, habia levantado en Francia el partido de los hombres de bien y abatido el de los malvados.

Todo esto era verdad; la obra emprendida hasta entonces por el general Bonaparte, era mucho mas moral que la de César.

De todas aquellas comparaciones necesario era deducir una consecuencia.... ¡Venturosa República exclamaba el autor, si Bonaparte fuese inmortal! ¿pero dónde están, añadia, dónde están sus herederos? ¿dónde las instituciones que puedan sostener sus beneficios y perpetuar su genio? ¡La suerte de treinta millones de almas está pendiente de la vida de un hombre solo! ¡Franceses! ¿Qué seria de vosotros, si de pronto os anunciara un clamor fúnebre que ese hombre ha muerto?»

El autor examinaba en seguida las diferentes vicisitudes que podria correr la Francia con la muerte del general Bonaparte. ¿Caeria de nuevo bajo el yugo de una asamblea? El recuerdo de la Convencion alejaba de la mente suposicion semejante. ¿Habria que arrojarle en los brazos de un gobierno militar? pero, ¿dónde habia quien igualara al general Bonaparte? Contaba la República indudablemente con grandes generales, pero ¿cuál de ellos eclipsaba á los demas lo suficiente para precaver toda rivalidad é impedir que se degollasen entre sí los ejércitos por el interés de un caudillo particular?... A falta del gobierno de las asambleas, á falta del gobierno de los pretorianos ¿se trataria de recurrir á la dinastía legítima que se hallaba en la frontera tendiendo los brazos á la Francia?... Aquella era la contra-revolucion, y la vuelta de Carlos II y de Jacobo II á Inglaterra, que hizo correr á torrentes la sangre, era ejemplo bastante para ilustrar á los pueblos... y si se necesitase de ejemplos mas recientes, la vuelta de la reina de Nápoles y su imbécil esposo á su desventurado reino era una leccion escrita con caracteres de sangre... ¡Franceses! dormís al borde de un abismo!... Tal era la última frase de aquel singular escrito.

Cuanto contenia aquel folleto era cierto, si se esceptuaba las lisonjas del language; pero sus verdades eran algo prematuras, si se ha de juzgar por el efecto que produjeron. Luciano, ministro de lo interior, empleó cuantos recursos tenia á su alcance para esparcir aquel escrito por toda Francia y llenó de ejemplares á Paris y á las provincias cuidando de ocultar el origen de que pro-